

ELECCIONES EN EUSKADI

JUAN ARANZADI

EL acto propagandístico más importante y revelador de la campaña electoral vasca tuvo lugar el jueves día 28 en Villarreal de Urretxu: un grupo de policías nacionales que procedían a arrancar los carteles de MCE (EMK) con la efigie del general Sáenz de Santamaría ametralló "por confusión" a dos guardias civiles de paisano que se acercaron a ellos. Un novelista, un cineasta, no hubiera podido imaginar una escena que patentizara de modo más claro el clima de tensión y de absurdo hoy imperantes en Euskadi a causa de una política del Gobierno que parece decididamente empeñado en convertirse en el mejor aliado de ETA (m) y Herri Batasuna.

Con su política de "aguar" el Estatuto que obligó al PNV a abandonar el Parlamento español para salvar la vergüenza de cara a su base e impulsó a ETA (p-m) a recordarle que Euskadiko Eskerra puede retornar a sus orígenes y volver a la lucha armada si fracasa la vía autonomista, el Gobierno de UCD quiso al parecer dar la razón a los agoreros de Herri Batasuna que profetizaban y deseaban la conversión del Estatuto en papel mojado. Mas no contento con esto, y para evitar que la simpatía y el arraigo popular de ETA (m) pudieran disminuir, decidió ocupar militarmente el País Vasco y conceder "super-poderes" a un general ciertamente muy poco fotogénico, a quien además de castigar con una "misión imposible" ha ofendido después gravemente al considerar sospechosa de delito la mera exhibición de su efigie y convertir la retirada de la misma en ocasión de que los policías se maten entre ellos. Si lo que deseaba el Gobierno era reducir a cero las muy escasas simpatías y solidaridad de que gozaban en Euskadi las FOP y ridiculizar a las Fuerzas Armadas y la Policía, no cabe duda de que lo ha bordado: "chapeau". Se juzgue bien o mal, es un hecho que el accidente del día 28 en Euskadi fue más motivo de jolgorio y cachondeo que de preocupación y escándalo. Difícilmente puede pedirsele otra actitud a una población malamente acostumbrada a pasearse entre metralleras que pueden

dispararse "solas", vigilada por tanquetas y furgones que, en plena aglomeración urbana, dejan ver por sus ventanas amenazantes rifles y constantemente perturbada por controles de carretera que pueden traer fatales consecuencias al menor despiste o irregularidad. Todo ello, y esto es lo más importante, sin que los así "protegidos" del terrorismo agradezcan tal protección, pues no han llegado a sentirse amenazados: gusto o indigne, lo cierto es que la mayoría de la población vasca no teme a ETA, teme mucho más a la Policía.

En este contexto, no tiene nada de extraño la intensificación de lo que, en uno de sus habituales editoriales de "cogito interruptus" sobre la cuestión vasca, ha llamado "El País" "la exacerbación independentista". La escandalizada reacción registrada en Madrid ante algunos "excesos" de la actual campaña electoral podría sintetizarse en el siguiente párrafo del citado editorial de "El País": "Ese abertza-

lismo estridente resulta ofensivo para muchos españoles, nacidos incluso en el País Vasco, que hacen descansar sus sentimientos de pertenencia nacional en un legado cultural y una experiencia histórica compartidos y en el predominio de los valores éticos, democráticos y racionales sobre los demonios tribales, el necio orgullo étnico y el particularismo de los pueblos elegidos".

Si no se quiere seguir siendo ciego ante el "problema vasco", se hace imprescindible deshacer algunas confusiones que subyacen a esa indignada reacción y esa ofensa, confusiones que paradójicamente comparten los "abertzales estridentes" y los "razonables demócratas españoles".

Algunas precisiones

En contra de lo que habitualmente se dice, la línea de fractura entre los partidos que funcio-

nan en el País Vasco no separa a los partidos nacionalistas de los que no lo son, sino a los nacionalistas vascos de los nacionalistas españoles, pero TODOS SON NACIONALISTAS en la medida que consideran como necesario e inevitable la organización nacional (vasca o española, tanto da) de la sociedad y piensan que la nación (vasca o española) es algo ontológicamente previo al Estado, diferente de él y su fundamento: en su común opinión, las naciones existen "objetivamente" como algo real previo a la organización estatal, el Estado se fundamenta y apoya en la nación, la organiza y la "expresa"; la formación de una nación es cronológicamente anterior a su constitución en Estado y subsiste como realidad sociológica "objetivamente" diferenciada, aunque pierda éste, etcétera.

Todo ello, al igual que las leyendas históricas y culturales que acompañan estas tesis (en su versión tanto vasca como española) es obviamente incierto y mera justificación apologética y "naturalista" de algo que la historia y sociología del fenómeno nacional muestra con toda claridad: es el Estado el que crea la Nación y todo movimiento nacionalista no expresa nada previo, ninguna etnia, pueblo o nación pre-existente, sino la desnuda voluntad de convertir en Estado una comunidad arbitrariamente delimitada.

La línea de fractura en el País Vasco se sitúa entonces entre quienes desean seguir estando sometidos al Estado español y quienes desean cambiar de amo sometiéndose a un nuevo Estado vasco más o menos independiente. "Euskadi" y "España" no son sino mitos más o menos bella y coherentemente urdidos para justificar "objetivamente", "históricamente", "legendariamente" tal desnudo e irreductible deseo. Toda polémica acerca de "derechos" o de la mayor o menor razonabilidad de ese deseo, se convierte inevitablemente en un diálogo de sordos que finalmente sólo se salda por la fuerza.

Por puro "realismo", desde una perspectiva puramente empirista, es importante no embrollar el problema vasco superponiendo subterfugios retóricos de



El PNV va "a por todas". Su plana mayor, de izquierda a derecha: Leizaola, Garaikoetxea y Arzallus.

ELECCIONES EN EUSKADI

uno u otro signo sobre lo que aparece, es, un puro conflicto de deseos. Y aquí es donde aparece la clave de la ceguera "española" frente al "problema vasco" y de las contradicciones de los demócratas centralistas: quienes fundamentan su opción política en la **voluntad**, por más que se la califique de **general**, proscriben paradójicamente determinadas voluntades excluyendo de la legalidad y de "lo posible" su expresión y manifestación. El carácter innegociable de la "unidad española", el total y categórico rechazo del independentismo vasco, la intransigente actitud de que "de eso ni se discute" es la causa de todos los equívocos acerca del problema, pues el **nacionalismo vasco**, a diferencia del catalán, gallego o andaluz, es desde sus inicios hasta hoy, y en sus diversas corrientes, **fundamentalmente independentista**. Es muy cierto que ya en los últimos años de Sabino Arana el PNV inició una **evolución hacia el autonomismo** y que la clase social que ha venido rigiendo sus destinos desde entonces y los rige hoy, la **burguesía vasca** no oligárquica, no parece interesada en la independencia. Pero la ortodoxia de la ideología en que se apoya sigue teniendo como base última el anhelo de independencia lo su ambiguo sinónimo: la plena reintegración foral. Para las bases militantes del PNV (y en mucha mayor medida esto es aplicable a Euskadiko Eskerral) la vía autonomista sólo aparece como un camino estratégico, como un "mal menor", como algo con lo que hay que conformarse porque "hoy no es posible otra cosa". En esa medida rechazan y critican a Herri Batasuna y ETA (m) como utópicos, locos, soñadores, etcétera, pero comparten con ellos un mismo deseo y objetivo final. ¿Por qué han renunciado momentáneamente a él? Todos os darían la misma respuesta: porque el Ejército no lo permitiría. Mientras los "autonomistas" se resignan a este obstáculo supremo, los "independentistas" que no se doblegan a él extraen de su fidelidad y su rebelión una lógica consecuencia: la necesidad de golpear al Ejército mediante la lucha armada, la lucha contra ese obstáculo supremo. Tal es la lógica implacable de ETA (m) y tal es la razón profunda por la que, por más que condene sus acciones, nunca un **nacionalista vasco** se pondrá de parte del Ejército y la Policía frente a ETA.

La dirección del PNV sabe muy bien que si lo hiciera, gran parte de sus bases se desplazarían hacia Herri Batasuna. De ahí que en un mitin del PNV en Arrigorriaga (el pueblo de Argala) se haya podido escuchar a un importante dirigente (y no precisamente de la línea Ormazá) reivindicar como "de los nuestros" al desaparecido dirigente de ETA; de ahí que el PNV haya rechazado el "frente por la paz" que proponían el PSOE y PCE; de ahí los "excesos" de Garaicoetxea amenazando con lanzar al pueblo contra las tanquetas de

las UAR; de ahí, las declaraciones de Marcos Vizcaya abriéndose a la posibilidad de negociar algunos puntos del KAS; de ahí, en definitiva, el electoralismo independentista del PNV que tanto pavor ha producido en Madrid.

Con toda probabilidad, tras el triunfo electoral previsto por todos, el PNV "temple gaitas" y se imponga una política más realista, pero se haría bien en no olvidar que no resultaría abusivo interpretar un triunfo mayoritario de los abertzales (PNV, Euskadiko Eskerra y Herri Batasuna) como algo no excesivamente lejano

a una respuesta positiva en un hipotético referéndum por la independencia. Aunque el resultado se oriente en un sentido autonomista, el "inconsciente" independentista seguirá latente y ETA (m) se encargará de reavivarlo.

¿Una o dos comunidades?

La mayor parte de las previsiones parecen coincidir en que estas elecciones confirmarán la tendencia apuntada en las anteriores: el aumento del voto abertzale y el descenso de los partidos "estatalistas". Tal hecho (lo que le subyace: el creciente voto nacionalista de sectores de inmigrantes) exige una explicación que tiene mucho que ver con el muy cacareado peligro de división de Euskadi en dos comunidades enfrentadas.

E. Barth ha mostrado en "Las etnias y sus fronteras" que una comunidad étnica, un "pueblo", no es un grupo humano "objetivamente" configurado por la posesión común de una serie de rasgos culturales correlacionados propios y diferenciales, sino simplemente un grupo humano "subjetivamente" opuesto a otro u otros por la pura voluntad de diferencia. La contraposición étnica no preserva una identidad cultural previa, sino que constituye ésta; lo importante es la preservación de la oposición, la perduración de la diferencia. Mientras haya separación, discriminación, oposición, diferenciación, hay etnia; poco importar que sea lo que se separe o las variaciones que este contenido experimente. Para ser una etnia basta con la "conciencia de ser distinto", aunque esta conciencia esté vacía de contenido y se sea culturalmente idéntico en lo fundamental. Barth añade que el contacto y cambio cultural "fuerte" (desarrollo económico, invasión, conquista, etcétera) operando sobre una previa contraposición étnica, genera como efecto habitual el surgimiento de movimientos nativistas (mileneristas) encaminados a la recuperación de la antigua situación "idealizada" en las forma de creación de nuevos Estados.

Pues bien, el movimiento nacionalista, la formación de la comunidad nacionalista, puede verse como una típica reacción nativista frente a los efectos de la acelerada industrialización y la abolición foral sobre una previa



Monzón y Letamendia, de Herri Batasuna: la independencia, al margen de la autonomía. "Nada ha cambiado y el Estatuto es algo vacío".



Onaindia y Bandrés, de Euskadiko Eskerra: la autonomía, camino lento — "hoy no es posible otra cosa" — hacia un estado socialista.



Bajo cuatro boinas, cuatro posibles —por la edad— antiguos "gudaris" de la guerra, en un mitin de Euskadiko Ezkerra.

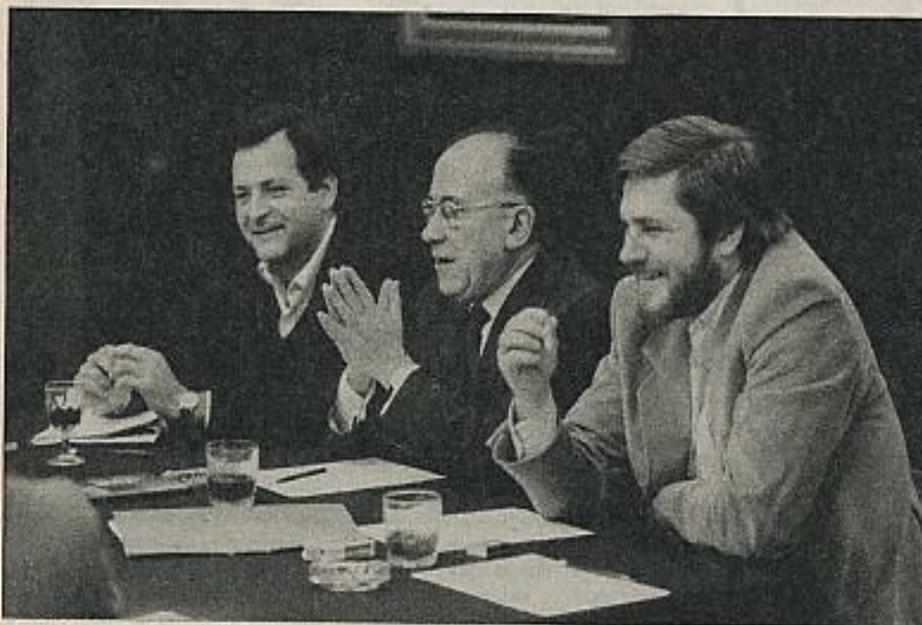
contraposición étnica que se inicia en el siglo XVI como "racismo foral" e "hidalguía universal" diferencial y se refuerza en el siglo XIX como contraposición lingüístico-religioso-foral. La "nueva" comunidad nacionalista así formada, que es más un movimiento social cohesionado por una amplia gama de prácticas e instituciones paralelas que un movimiento puramente político, necesita para definirse y diferenciarse adoptar nuevos signos diacríticos: la ikurriña, el santoral sabiniano a la hora de bautizar a los hijos, la aceptación del neologismo Euskadi, la incorporación activa a las "prácticas sociales" de la comunidad y la obe-

diencia política a la dirección del PNV (origen de la ciega fidelidad del electorado peneuvista) han venido funcionando como signos de pertenencia a la comunidad nacionalista, añadiéndoseles en la posguerra y más recientemente una cierta manera de "practicar el euskera" (considerada como "algo más que una lengua") y la postura solidaria o cuando menos tolerante ante los nuevos gudaris, los etarras.

Esto es importante, porque si ni hoy ni nunca "ser vasco" ha consistido en la posesión de unos rasgos "objetivos", "reales", "culturales", definitorios y diferenciadores, sino en una autoadscripción "subjetiva" en base

a la identificación con unos signos diacríticos de contraposición étnica, sólo ha sido y es real y efectivamente vasco quien se identifica con tales signos: es decir, hoy sólo es vasco quien es abertzale, quien pertenece a la comunidad nacionalista. Precisamente porque el etnismo, todo etnismo (es decir, todo intento de definir "objetivamente" un pueblo) es tan mítico y voluntarista como la conciencia nacionalista, el único modo de ser vasco es ser nacionalista vasco: vasco y abertzale son rigurosamente sinónimos, porque el abertzalismo es hoy el mecanismo de contraposición étnica que define a los vascos como tales. Y ciertamen-

te, desde un punto de vista sociológico, no ha habido ni hay dos comunidades en el País Vasco, sino una sola y diversos grupos sociales e individuos más o menos marginados de ella, pero que no constituyen una comunidad autónoma y separada: de ahí que la única vía para el emigrante de superar el desarraigo y vivir en comunidad sea incorporarse a la comunidad nacionalista por la vía del voto abertzale y la asunción del resto de signos diacríticos que le acompañan. Por otra parte, desde un punto de vista político, es una contradicción en los términos hablar de dos comunidades en Euskadi, porque "Euskadi" (patria de los "euskos") es un neologismo aranista que define precisamente a la comunidad nacionalista: Euskadi no es un ámbito geográfico, sino un proyecto político. Aceptar el neologismo aranista, como aceptar la ikurriña, es precisamente aceptar dos de los signos diacríticos de la conciencia nacionalista; por eso las críticas del PSOE o PCE al PNV son en el fondo críticas "a la defensiva", críticas internas a la comunidad nacionalista hechas en cierto modo "desde dentro" por quien pugna por reformar esa comunidad, pidiendo, "mendigando" con periódicas rabietas un lugar en ella a quienes tienen hoy el poder de concederlo. De ahí que los partidos llamados sucursales oscilen entre un comportamiento "acomplejado" ante los nacionalistas y un "pasarse" en la rabietta que les coloca del mismo lado que el Gobierno y la Policía: descontentos de lo primero y sin atreverse a lo segundo, estos partidos no acaban de encontrar su



Las críticas del PCE y PSOE al PNV son en el fondo críticas a la defensiva hechas en cierto modo "desde dentro" por quienes pugnan por reformar la comunidad vasca. Izquierda: Cantera, Carrillo y Lerchundi (PCE); derecha: José María Benegas (PSOE).

LA DERECHA COMO MODA



HASTA hace poco tiempo, la derecha había adoptado la moda de la izquierda. Esto no suponía ninguna modificación en su vida interna: seguía viviendo, no faltaba más, con arreglo a sus prerrogativas. Probablemente es una moda que comenzó a partir del siglo XIX o fines del XVIII: cuando las duquesas correteaban por San Isidro, amaban a los toreros o el gran izquierdista Goya y se vestían de majas, de manolas, de chisperas. Ha habido, naturalmente, algunas alteraciones, como en la guerra civil, y en la posguerra. Poco después, declararse de derechas era de mal tono. En los últimos tiempos de Franco, el único franquista llegó a ser el mismo general; y aún caben algunas dudas.

De ahí salieron modas izquierdistas bastante cómodas. Indumentarios alegres, chistes fáciles, lecturas divertidas, costumbres sexuales, burla de los antiguos, de los conservadores; cineclubs, teatrillos propios, amistades peligrosas, revistas significativas bajo el brazo. La izquierda era un gran tesoro del que apoderarse. Gran negocio: vivir con todos los privilegios, con todos los distanciamientos, y al mismo tiempo adoptar las formas permisivas de la izquierda. La derecha se pagaba el lujo de ser de izquierdas. Mientras, la izquierda no podía participar de ese lujo. O vivía las estrecheces de su clase social o se escondía de la represión. Tener una vida pública de izquierdas era un lujo demasiado caro, que sólo podían pagarse los ricos.

Parece que la moda está cambiando. A la derecha le va gustando la moda de la derecha. Su propia estética. Se corta el pelo, se enfunda en trajes completos, vuelve a la corbata, cerca sus bares elegantes, sus restaurantes discretos. Abandona la taberna y el barrio. Empieza a producir sus propios libros, sus propias obras de teatro: se hubiera reído hace poco tiempo de los autores que ahora aclama. Separa la cultura mala de la buena, como en los tiempos del Índice de prohibidos. Quiere que sus curas se vistan con sotana y manto. Practica el maternalismo, el paternalismo, la caridad distante.

Parece raro, pero la izquierda está adoptando también modas de la derecha. Los políticos de la izquierda buscan buenos sastres, buenos restaurantes, buenos coches, alquilan o compran casas antiguas (me estoy refiriendo, naturalmente, a la clase política de la izquierda, a la clase pudiente). Ahora son los de izquierdas los que se acercan más a las duquesas. Son los socialistas los que defienden el escudo que antes llamaban monárquico, los que restituyen los crucifijos en sus mesas de poder.

El pronóstico es malo. Se asume siempre la moda de las clases dominantes, se estima que la adopción de costumbres y vestimentas dará parte de ese poder según dicen los filósofos que se han dedicado al tema (Carlyle, Simmel, Lefebvre...). La derecha se sumaba a la moda de izquierdas cuando la tenía por posible dominante; la izquierda se viste de derechas, ay, ahora. Mal pronóstico, mal pronóstico... ■

POZUELO

ELECCIONES EN EUSKADI

sitio. La polarización de la lucha política vasca en el intenso conflicto que enfrenta a la comunidad nacionalista vasca con el Estado central hace que toda crítica de aquella se deslice fácilmente hacia una defensa de éste. Y eso en Euskadi conduce hoy al suicidio político.

Incógnitas

Aparte de la "cuestión nacional", otros dos problemas han dominado la campaña electoral: la paz y el paro. Sobre este último punto las promesas de los diferentes partidos no se diferencian mucho. En general, sus propuestas para solucionar la crisis económica son bastante similares en cuanto a las medidas a corto y medio plazo: casi todas ellas giran en torno a tres pilares: la necesidad de un pacto entre trabajadores y empresarios, la potenciación del sector público de cara a la creación de empleo y la planificación de la necesaria reconversión industrial exigida por la infraestructura productiva vasca. Aunque la propaganda electoral exija el optimismo "hacia afuera", a nadie se le esconde la enorme dificultad de solucionar o cuando menos mitigar apreciablemente el espinoso problema del paro. Y constituye una incógnita muy difícil de resolver la de prever los efectos políticos y de orden público de la segura perduración de la crisis económica. Aunque hasta ahora la problemática nacional y los conflictos económicos han funcionado con bastante autonomía y sin llegar a solaparse, no hay que descartar la posible correlación entre aumento del paro y crecimiento del terrorismo o la posibilidad de capitalización de la conflictividad laboral por el abertzalismo radical refractario a todo pacto social.

Tampoco está nada claro el futuro de los partidos abertzales y las posibles relaciones entre ellos tras las elecciones. Obviamente ello dependerá de los resultados electorales, de igual modo que el futuro de las relaciones PNV-PSOE y PSOE-UCD: toda profecía resultaría aventurada y no tienen excesiva significación los insultos y denuncias de una campaña electoral que por su propia esencia exige marcar las distancias; el idilio puede suceder a las actuales desavenencias.

En cualquier caso, lo que está

claro es que el PNV va "a por todas" (es sintomática la obsesiva presencia de la palabra "TODO" en su propaganda electoral) y aspira a gobernar en solitario, pero nadie puede predecir en qué quedarán sus actuales devaneos independentistas ni si resucitarán o no en el futuro sus recientes y aún no cicatrizados conflictos internos.

Lo que parece notablemente difícil es ese fantasmal "frente abertzale" que los temores de Madrid han alucinado, aunque no fuera por otra cosa que porque lo que si se sabe seguro es que, al menos durante el primer mes, Herri Batasuna no acudirá al Parlamento. El replanteamiento de su postura pasado ese plazo temporal revela por otra parte los conflictos internos de la coalición abertzale, sobre cuyo debilitamiento a raíz del abandono de ESB y LAIA existen las más variadas e interesadas opiniones: desde quienes consideran el episodio como insignificante hasta quienes auguran una improbable debacle a las huestes de Monzón y Ortzal en beneficio de Euskadiko Eskerra.

Si Herri Batasuna confirmara sus actuales posiciones, su destino futuro estaría, como hasta ahora, condicionado por la actuación de ETA (m). Algo de la inflexibilidad estratégica de ésta cabría quizá deducir del hecho de que, al parecer, su consejo inicial a Herri Batasuna fue que no participaran en las elecciones, cediendo finalmente con la condición de no acceder al Parlamento. No parece pues que ETA espere de las elecciones otra cosa que una nueva corroboración de la cuantía de su apoyo popular.

No falta, sin embargo, en la propia Herri Batasuna quien piensa que no es imposible una tregua de ETA, un provisional abandono de la lucha armada, si el nuevo Gobierno autónomo consiguiera una amnistía y la salida de Euskadi de las FOP. De no ser así, es totalmente imprevisible lo que puede deparar un Gobierno con mayoría abertzale cogido en medio del fuego cruzado entre ETA y la Policía del Gobierno de Madrid. Los protagonistas principales del drama van a seguir siendo los mismos: ETA y el Gobierno. Es de esperar, pero no desgraciadamente de prever, que el resultado de las elecciones impulse a alguno de ellos, ojalá a los dos, a abandonar su obcecación. ■ J. A.